

Aventuras de una negrita en busca de Dios George Bernard Shaw

Has huido movida por un reflejo condicionado. Es muy sencillo. Como has vivido rodeada de leones desde niña, al oír el rugido lo has asociado con un peligro mortal. De ahí tu precipitada fuga [...]. Tan notable descubrimiento me ha costado veinticinco años de abnegada investigación, a lo largo de los cuales he seccionado el cerebro de innumerables perros y estudiado su saliva haciéndoles agujeros en los carrillos para que babearan por ahí en vez de por la lengua. Tengo a todo el mundo científico postrado a mis pies, lleno de admiración por ese logro colosal y de agradecimiento por la luz que he arrojado sobre los grandes problemas del comportamiento humano.

—¿Por qué no me preguntaste a mí? —repuso la negrita—. Te podría haber contestado en veinticinco segundos, sin hacer daño a esos pobres perros.

—Tu ignorancia y presunción son incalificables —replicó el viejo miope—. Ese hecho lo conocían todos los niños, desde luego, pero nunca se había demostrado experimentalmente en el laboratorio; y por tanto no era en absoluto conocido en el ámbito científico. Antes sólo se trataba de una conjetura sin autoridad alguna, pero yo la he convertido en ciencia. ¿Has realizado alguna vez un experimento, si me permites la pregunta?

—Varios —contestó la negrita—. Haré uno ahora mismo. ¿Sabes dónde te has sentado?

—En un tronco de árbol que la edad ha vuelto gris, recubierto de una corteza incómoda y rugosa —contestó el miope.

—Te equivocas —dijo la negrita—. Te has sentado en un cocodrilo dormido.

Lanzando un alarido [...], el miope se levantó de un salto y escapó desesperadamente hacia un árbol cercano, al que trepó como un gato, con una agilidad que en un caballero tan entrado en años resultaba enteramente sobrehumana.

—Baja —le dijo la negrita—. Deberías saber que sólo hay cocodrilos cerca de los ríos. Sólo es un experimento. Baja.

—¿Y cómo me bajo? —preguntó el miope, temblando—. Me voy a romper la crisma.

—¿Cómo te has subido? —preguntó a su vez la negrita.

—No sé —contestó él, al borde de las lágrimas—. Pero es como para creer en los milagros. Yo habría sido incapaz de encaramarme a este árbol; y sin embargo aquí estoy, pero ya no podré bajarme.

—Un experimento muy interesante, ¿no te parece? —dijo la negrita.

—De una crueldad ignominiosa, infame muchacha —gimió él—. ¿Es que no se te ha ocurrido que podrías haberme matado? ¿Supones que puede darse a un organismo tan delicado

como el mío un sobresalto violento sin que se produzcan consecuencias graves, posiblemente fatales, para el corazón? No podré volver a sentarme en un tronco en lo que me queda de vida. Creo que tengo el pulso muy alterado, aunque no puedo tomármelo; porque si me suelto de esta rama caeré como una piedra.

—Si eres capaz de quitarle la mitad del cerebro a un perro sin que haya reacción en su saliva, entonces no tienes por qué preocuparte —repuso sin alterarse la negrita—. Creo que la magia africana es más poderosa que tus conjeturas sobre los perros. Con una sola palabra he hecho que treparas al árbol como un gato. Acabas de reconocer que ha sido un milagro.

—Ojalá pudieras ponerme sano y salvo en el suelo diciendo otra palabra, maldita bruja negra —masculló el científico.

—Lo haré —anunció ella—. Hay una serpiente arbórea que te está olisqueando la nuca.

En un abrir y cerrar de ojos, el miope estaba en el suelo. Aterrizó de espaldas; pero se puso apresuradamente en pie y dijo:

—No me has engañado: ni lo pienses. Sabía perfectamente que lo de la serpiente era una invención para asustarme.

—Pero has tenido el mismo miedo que si hubiera habido una serpiente de verdad —dijo la negrita.

—Nada de eso —negó el miope, indignado—. No he tenido ni pizca de miedo.

—Pues para no haberlo tenido, has bajado del árbol en un periquete —observó la negrita.

—Eso es lo interesante —dijo el miope recobrando el aplomo, ahora que se sentía seguro—. Ha sido un reflejo condicionado. Me pregunto si podría conseguir que un perro trepara a un árbol.

—¿Para qué? —preguntó la negrita.

—Pues para dar una base científica a este fenómeno.

—¡Tonterías! Un perro no puede encaramarse a un árbol.

—Ni yo tampoco, sin el estímulo de un cocodrilo imaginario —reconoció el profesor—. ¿Cómo puedo hacer que un perro se imagine un cocodrilo?

—Ponlo primero delante de algunos cocodrilos reales —le recomendó la negrita.

—Eso sería muy caro —objetó el miope, frunciendo las cejas—. Los perros salen baratos cuando se compran a ladrones de perros profesionales, o en lotes cuando vence el impuesto por animales domésticos; pero los cocodrilos deben de costar un montón de dinero. Tengo que pensarlo detenidamente.

[...]—Cuando se persiguen fines científicos es preciso inhibir tales reflejos secundarios y aparentemente intrascendentes amarrando al sujeto —explicó el profesor—. Sin embargo, resultan muy pertinentes como ejemplo de los reflejos producidos por la asociación de ideas. Me he pasado veinticinco años estudiando sus efectos.

—¿Sus efectos en qué? —preguntó la negrita.

—En la saliva del perro —contestó el miope.

—¿Y eso te ha hecho más sabio?

—La sabiduría no me interesa: de hecho ignoro lo que significa y no tengo motivos para creer que exista. Mi oficio consiste en averiguar algo que antes se desconocía. Transmito ese conocimiento al mundo, añadiéndolo así al conjunto de verdades científicamente comprobadas.

—¿En qué mejoraría el mundo si fuera todo conocimiento y prescindieramos de la misericordia? —inquirió la negrita—. ¿Acaso no tienes suficiente materia gris para inventar una manera decente de averiguar lo que quieres saber?

—¡Materia gris! —exclamó el científico, como si le costara dar crédito a sus oídos—. Debes de ser una jovencita de lo más ignorante. ¿Es que no sabes que los hombres de ciencia son todo cerebro de la cabeza a los pies?

—Díselo al cocodrilo —repuso la negrita—. Pero dime una cosa. ¿Has pensado alguna vez en las consecuencias que tus experimentos tienen en la mente y el carácter de otras personas? ¿Vale la pena perder tu alma y condenar la de todos los demás por descubrir algo sobre la salivación de los perros?

—Utilizas palabras que no tienen sentido. ¿Acaso puedes demostrar en la mesa de operaciones o en la sala de disección la existencia del órgano que llamas alma? ¿Podrás reproducir en el laboratorio esa acción de condenar a la que has aludido?

—Puedo convertir un cuerpo vivo con alma en un cuerpo muerto sin alma con un buen golpe de mi cachiporra —afirmó la negrita—, y la diferencia se ve y se huele enseguida. Cuando la gente hace algo malo y condena su alma, también se percibe la diferencia.

—He visto cómo moría un hombre; nunca he visto cómo condenaban el alma de nadie.

—Pero sí has visto a alguien llevar una vida de perros. La misma que tú llevas, ¿no es así?

—Eso no es más que una ocurrencia; y sumamente personal —concluyó el miope con altivez—. Te dejo.

Aventuras de una negrita en busca de Dios, 1932 **George Bernard Shaw**